

IMÁGENES DE ALMANZOR

María Jesús Viguera Molins
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

La época estricta de Almanzor se inicia con la muerte del Califa de al-Andalus al-Ḥakam II, en 976, y termina con su propia muerte en 1002, aunque se prolonga hasta febrero de 1009, cuando fue asesinado el segundo de sus hijos que le sucedieron en la política, ‘Abd al-Raḥmān Sanchuelo.

Todos esos años estuvieron marcados por el poder que detentó aquel personaje extraordinario y fascinante, una especie de valido andalusí que ejerció con plenos poderes como “chambelán”, en árabe *ḥāyib*, y a quien solemos llamar por su título honorífico de *al-Manṣūr*⁽¹⁾, castellanizado en Almanzor, todopoderoso en la Península Ibérica y en parte del Magreb durante casi todo el último cuarto del siglo X, hasta morir en 1002, siendo entonces sucedido en casi toda su omnipotencia por dos hijos, primero el capaz ‘Abd al-Malik al-Muẓaffar (1002/392; muerto en octubre 1008/*ṣafar* 399) y segundo por el incapaz ‘Abd al-Raḥmān Sanchuelo (que accedió al todopoderoso chambelánato al morir su hermano y fue asesinado en marzo 1009/*raḡab* 399), que con su mal gobierno dio al traste, tras treinta años en la cúspide, con el montaje omnipotente de esta dinastía de chambelanes de palacio inaugurada por Almanzor, dinastía paralela a la dinastía legal de los Omeyas, que relegó a la sombra al Califa legítimo Hišām II, hecho sin precedentes en al-Andalus.

El período de la historia de al-Andalus marcado por la autoridad suprema de Almanzor (titulado *ḥāyib* o “chambelán” en 978/367) y sus dos hijos y sucesores, hasta 1009, tiene unas características especiales, y una denominación propia: es el período ‘āmīrī, así denominado por uno de los nombres de Almanzor: Muḥammad b. Abī ‘Āmir, siendo este nombre de ‘Āmir bastante repetido en su familia.

Este período fue, por una parte, la etapa natural que alcanza la evolución política andalusí, con casi tres centurias de desarrollo, pero a la vez y sobre todo es la etapa en que esa línea evolutiva se altera y se quiebra para desembocar en la situación, por ella propiciada, de la fragmentación en taifas que sustituyó, aparatosamente, al centralismo omeya, y que trajo además el final del único Califato autóctono andalusí.

Las razones de tan trascendental cambio, que se produce tras los ‘Āmiríes y resultó por ellos acarreado, pueden buscarse en los singulares giros dados por Almanzor, seguido y a veces sobrepasado en sus actos por sus hijos, en la dirección del Estado, cuya administración y estructuras modificó -modificaron- en muchísimos aspectos,

¹ P. Guichard: “Al-Manṣūr ou al-Manṣūr bi-Llāh? Les *laqab*-s des ‘Āmiríes, d’après la numismatique”, *Archéologie Islamique* 5 (1995), pp. 47-53.

según resulta manifiesto a cualquiera que lea en las fuentes las descripciones de su actuación, como en buena parte ya lo ha mostrado la investigación moderna, desde las bases informativas e interpretativas establecidas por Dozy, en su paradigmática *Histoire des musulmans d'Espagne* ⁽²⁾ y en sus *Recherches sur l'Histoire et la Litterature de l'Espagne pendant le Moyen Age* ⁽³⁾, hasta lo que sobre ello elaboró y amplió E. Levi-Provençal, en su *Histoire de l'Espagne musulmane* ⁽⁴⁾, además de todos los detalles que la investigación posterior ha ido añadiendo al conjunto de “originalidades” ‘amiríes, desde la insólita forma en que Almanzor acaparó el poder, relegando al califa Hišām II, el nuevo ritmo de su política exterior, tanto hacia el norte de África como hacia los reinos cristianos de la Península, principalmente, y también el nuevo ritmo de la política interior que en todos los órdenes se dio por imponer, sobre todo en sus reformas militares, hasta la misma conciencia que parecía tener de su providencialismo, por lo que refleja su más directo biógrafo, el gran cronista cordobés Ibn Hayyān, hijo de un secretario suyo, que plasmó un rico anecdotario y una singular imagen del chambelán Almanzor, encaminado a provocar una profunda exaltación de su figura, y por lo que refleja, provenga o no de los propios labios de Almanzor, el contenido de un “Testamento político” ⁽⁵⁾ que se le atribuye, como sólo se atribuyen tal tipo de “idearios” a los más enérgicos y conspicuos mandatarios, a aquellos que parecen ser los que más tienen que enseñar ⁽⁶⁾.

Sobre casi todos estos aspectos existen investigaciones recientes, generalmente artículos puntuales, y numerosos ⁽⁷⁾, y, sobre todo, en octubre de 1996, una investigadora italiana, Laura Bariani ⁽⁸⁾, ha presentado una excelente Tesis Doctoral en la Universidad de Nápoles sobre *La dinastia degli ‘amiridi secondo le cronache arabo-andaluse*.

² Obra publicada en 1870; ed. revisada por E. Lévi-Provençal, Leiden, 1932, vol. II, pp. 200-277.

³ Leiden, 1881, vol. I, pp. 173-202.

⁴ 2ª ed. francesa, París-Leiden, 1950, pp. 222-272.

⁵ Lo consideraremos más adelante; el texto árabe se encuentra en la *Ḍajīra* de Ibn Bassām, ed. I. ‘Abbās, Beirut, 1399/1979, vol. IV/1; trad. y estudio por Fernando de la Granja: “El Testamento de Almanzor”, *Miscelánea ofrecida al Ilmo. Señor D. José María Lacarra*, Zaragoza, 1968, pp. 25-32.

⁶ Mª J. Viguera: “Las ideas políticas en el Islam”, *Historia de las ideas políticas*, coord. F. Vallespín, Madrid, 1990, pp. 325-369.

⁷ Mucho de lo cual ha sido indicado por Cristina de la Puente en su bien documentado y planteado artículo: “La caracterización de Almanzor: entre la epopeya y la historia”, *Biografías y género biográfico en el Occidente islámico (E.O.B.A., VIII)*, ed. M. L. Ávila y M. Marín, Madrid, 1997, pp. 367-402; véase también D. Wasserstein: *The Caliphate in the West*, Oxford, 1993, espec. pp. 146-161; P. Scales: *The Fall of the Caliphate of Córdoba*, Leiden, 1994, esp. pp. 38-141; P. Guichard: “Al-Andalus sous les ‘Amirides et les princes de taifas”, en *États, sociétés et cultures du monde musulman médiéval, Xe-XVe siècles*, París, 1995, pp. 49-55.

⁸ Alguna de las importantes precisiones que ha logrado L. Bariani se contienen en su estudio: “De las relaciones entre Šuḥḥ y Muḥammad ibn Abī ‘Āmir al-Manšūr con especial referencia a su ‘ruptura’ (*waḥṣa*) en 386-388/996-998”, *Qurṭuba* 1 (1996), pp. 39-57.

Almanzor acaparó el Poder absoluto de al-Andalus y relegó al califa omeya. Este hecho no fue de ningún modo baladí ni careció de consecuencias, pues el Califato omeya, alzado costosa y brillantemente en al-Andalus desde el año 929, supuso el logro de la cúspide política y cultural de al-Andalus, y había ejercido activamente la integración social andalusí, siendo muy decisiva, precisamente, su enorme eficacia activa, y ahora Almanzor venía a marginar tal Califato, a dejarlo en una sombra simbólica. El alcance de la actitud de Almanzor, acaparando el poder efectivo, hay que medirlo en relación con cuanto significaba el Califato andalusí. Y Almanzor se atrevió a menoscabar ese Califato, planteando una situación dual: el teórico y simbólico papel califal del Califa legal Hišām II y el pleno poder efectivo de los ‘āmiríes, carente de legitimidad para asumir ese poder soberano, según las reglas políticas islámicas que, de forma estricta, requieren que lo ejerza un árabe qurayšī, lo cual no era Almanzor, sino árabe yemení de Ma‘āfir. Su montaje político se basó en mantener -incomunicado, ocioso y desprestigiado- a Hišām II, mientras él se hacía cargo de todo, aunque -según un texto importantísimo que ha pasado desapercibido hasta que Laura Bariani⁹ lo ha sabido, recientemente, valorar- intentó desplazar del todo a Hišām II y convertirse en Califa. Algo más adelante examinaremos este texto, porque atañe a uno de los ejes de la imagen legendaria de Almanzor, su proyectada “predestinación” para gobernar¹⁰, complementada por el ingrediente de la siempre e intensamente aducida incapacidad de Hišām II.

Es cierto que la acción acaparadora del poder por Almanzor, en detrimento del poder califal, tenía precedentes y paralelos en el Oriente islámico, donde los Abbasíes de Bagdad venían siendo relegados del poder efectivo por dinastías que los mantenían sólo simbólicamente, y es cierto que Almanzor siguió algunas de las pautas ya usadas en Oriente, por ejemplo adoptando sobrenombres honoríficos de rango para-califal, pero hay que tener en cuenta, entre otras especificidades, que no logró, inicialmente, su poder desde la imposición militar, sino escalando la administración civil, lo cual parece necesitar de una proporción mayor de búsqueda de “aprobación”, a través de un estilo soberano hipercorrecto en sus manifestaciones, y de la búsqueda de una imagen brillante, plena de cualidades sobresalientes, cumplidora con celo de la ortodoxia, como recursos legitimadores.

Muḥammad b. Abī ‘Āmir -que todavía, claro está, no se titulaba Almanzor- nació en el año 327 de la Hégira/939 de nuestra Era, en Torrox¹¹, una alquería de Algeciras,

⁹ L. Bariani: “Un pasaje ignorado en el Naqṭ al-‘arīs de Ibn Ḥazm de Córdoba”, *Qurṭuba* 1 (1996), pp. 295-298.

¹⁰ C. de la Puente señala con acierto esta cualidad de “predestinado” en Almanzor, art. cit., pp. 385-386.

¹¹ Según la ed. de Š. Dayf (El Cairo, 1964), Ibn Sa‘īd en el *Mugrib*, I, pág. 203, dice que procedía de la alquería de “Kurtis” (¿Cortes?), del distrito (‘amal) de Algeciras. Sobre “el término de Algeciras” pueden verse los libros de Antonio Torremocha Silva: *Algeciras entre la Cristiandad y el Islam*, Algeciras, 1994, espec. pág. 306, y *Algeciras islámica*, Algeciras, 1995, espec. pp. 12-15.

en familia apenas destacada, pero de abolengo árabe, siendo de los árabes Ma‘āfirī, con antepasado que llegó a al-Andalus al comienzo de la conquista. Asciende, pues, desde un rango mediano y provinciano, como característica que realiza su personal mérito, según se cuidan de detallar las plumas implicadas que trazaron con cuidado su imagen, sin olvidar la referencia de cómo sus propias cualidades le hacían ascender, al irle estimando personajes principalísimos de la Corte cordobesa. Con su habitual soltura lo expresa así, más otros ingredientes significativos, el emir ‘Abd Allāh en sus famosas *Memorias* ⁽¹²⁾, que dice cómo Almanzor: “A pesar de su condición modesta, al comienzo de su carrera, de que no pertenecía a la familia real, lo que le hubiera procurado el poder por herencia, pese también a los pocos recursos materiales de que disponía, logró alcanzar una situación extraordinaria, gracias a su astucia y a sus dotes para embaucar al populacho, ayudado por su buena estrella, que fue la causa más determinante de su encumbramiento... Evidentemente, si otro cualquiera hubiese intentado hacer nada más que una parte de lo que él hizo, sin basarse en una razón suficiente y sin aparentar estar sometido al soberano, [habría sido ejecutado] inmediatamente, aunque se hubiera tratado de un miembro de la familia califal”.

El principio de tan singular ascenso comenzó ya en tiempos del Califa al-Ḥakam II, que muere en 976. Almanzor supo, en ese momento, situarse a favor de su presunto heredero Hišām II, menor de edad y afectado de alguna disminución física y psíquica. Esta opción de Almanzor fue el detonante de su imparable carrera, alcanzando la totalidad del Poder efectivo en al-Andalus desde el año 979, quitando de en medio a casi todos cuantos podían hacerle sombra. Dos años después, en 981, tras vencer al general Gālib, Almanzor adopta el sobrenombre califal de al-Manšūr (“el Victorioso”), y hace proclamar su propio nombre en la oración oficial de los Viernes, tras el nombre del Califa. Adopta boato soberano, en su ciudad palatina de Madīnat al-Zāhira, emulando a los Omeyas con su ciudad palatina de Madīnat al-Zahrā’ ⁽¹³⁾.

Junto a esa aludida búsqueda de una imagen legitimada, Almanzor, más o menos desde los años ‘80 de aquel siglo X hasta morir en 1002, procuró consolidar su poder personal reformando todo el aparato del Estado. Una parte de sus reformas más trascendentales estuvo en la organización militar, ejecutada ya en los años finales de aquel siglo X, alterando la clasificación del ejército regular andalusí por grupos familiares o clánicos, para reducir el poder de estos clanes, y además libró del servicio militar a los andalusíes que podían sustituirlo por el pago de impuestos, con lo cual

¹² *El siglo XI en 1ª persona. Las “Memorias” de ‘Abd Allāh, último rey zirí de Granada, destronado por los Almorávides (1090)*, traducidas por E. Levi-Provençal (Ob. 1956) y Emilio García Gómez, Madrid, 1980, pág. 77.

¹³ Antonio Arjona Castro: *Urbanismo de la Córdoba califal. Tras las huellas de la Córdoba califal*, Ayuntamiento de Córdoba y Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Artes y Nobles Artes, 1997, 209 pp.; ilustr. y dos planos.

redujo su presencia militar, sustituyéndolos por mercenarios, sobre todo beréberes magrebíes. Es curioso que el emir ‘Abd Allāh en sus famosas *Memorias* concluya que esta nueva situación empezó por complacer a los andalusíes, así ⁽¹⁴⁾: “Abrigaba Almanzor el temor de que sus tropas regulares, las cuales formaban al principio un grupo homogéneo, se pusieran de acuerdo para tratar de arruinar su poderío, o se coaligaran para resistirle... llegó a la conclusión de que sus tropas deberían estar compuestas de gentes de diferentes tribus y de elementos heterogéneos, para que si uno de los grupos intentaba rebelarse, pudiera reducirlo apoyado en los demás. Por otro lado, sentía la necesidad de reformar su ejército y acrecentarlo con el mayor número posible de soldados, para poder penetrar en territorio enemigo y sembrar en él la devastación cuanto quisiese”.

“Movido por estas razones hizo venir a al-Andalus aquellos señores, guerreros y soldados beréberes de cuyo espíritu militar y valor tenía noticia [entre ellos, los Zīríes, antepasados de quien esto cuenta, el emir ‘Abd Allāh]... Fue de esta suerte como Ibn Abī ‘Āmir llevó a cabo su reforma militar, realzó el prestigio del Califato, subyugó a los politeístas y exhortó a todos los musulmanes a participar en sus campañas. Los súbditos de las tierras de al-Andalus se declararon, sin embargo, incapaces de participar en ellas, haciendo valer ante Ibn Abī ‘Āmir que no se hallaban preparados para combatir, y, por otra parte, que su participación en las campañas les impediría cultivar la tierra. No eran, en efecto, gente de guerra, y, en vista de ello, Ibn Abī ‘Āmir los dejó emplearse en la explotación del suelo, a cambio de que todos los años, previo acuerdo y a satisfacción de todos ellos, le entregasen de sus bienes los subsidios necesarios para equipar tropas mercenarias que les sustituyesen”. Así Almanzor, pasó a controlar y potenciar el ejército, con el cual realizó dos de sus aparatosas proyecciones, contra los cristianos del Norte peninsular, con algaras sonadísimas, pues llegó a atacar, entre otras, Barcelona (en 985) y Santiago de Compostela (en 997). Pese a la cantidad y calidad de estas campañas, las fronteras andalusíes prácticamente no adelantaron terreno, aunque se afianzaron de momento, y acaso se logró instalar algún asentamiento en franjas fronterizas poco pobladas hasta entonces; pero, tras el período ‘āmīrī, el retroceso territorial andalusí se desata imparable. Almanzor logró también sonoros éxitos en el Magreb, consolidando la anterior intervención omeya, y llegando a imponerse en Siyilmāsa, en 980.

También considerable fue su reforma administrativa, procurando sustituir al funcionariado andalusí por esclavos. Se rodeó así de beréberes “nuevos”, sin cesar traídos del Magreb, y de esclavos, fieles a su persona.

El montaje político de Almanzor se basó, como es sabido, en mantener -incomunicado, ocioso y desprestigiado- a Hīšām II, mientras él se hacía cargo de todo, aunque -según un texto importantísimo que ha pasado desapercibido hasta que Laura

¹⁴ *El siglo XI en 1ª persona*, trad. cit., pp. 81-82.

‘Contempla al que aparece ante nosotros, a cuyas manos se deberá la ruina de nuestra dinastía, este ‘Abd al-Rahmān b. Muḥammad [Sanchuelo]’...”.

Una biografía escueta de Almanzor, como la que compone en su extracto cronístico Ibn al-Kardabūs⁽²⁰⁾, contiene elementos muy indicativos sobre el cliché elogioso del gran chambelán, subrayando, con matiz justificativo, su capacidad frente a la incapacidad califal. Dice así: “Cuando Ibn Abī ‘Āmir, que era extraordinariamente inteligente, sagaz y valiente, vio a Hišām mozo e inexperto, ocupado en juegos, ligerezas y libertinaje, entonces vedó el acceso a él y lo mantuvo secuestrado -después que hubo enriquecido a las tropas con beneficios y a los súbditos [tratado] con benevolencia, concediéndoles mercedes-. Entonces la multitud tomó partido por él y estuvo de acuerdo con esa actuación...”.

“Inteligente, sagaz y valiente”, son rasgos destacados en la imagen con que Ibn al-Kardabūs caracteriza a Almanzor, y además, en su imagen dorada, despunta su religiosidad⁽²¹⁾, cultura, y eximias virtudes físicas y espirituales⁽²²⁾, pero sobre todo destaca su heroicidad guerrera, como quiso mostrarse a toda costa Almanzor, porque quien defiende y extiende el Islam es una figura llena de prestigio en el contexto arabo-islámico, donde la Guerra Santa o *ġihād* es uno de los pilares de la religión. Es el caso del famoso Saladino, fundador de la dinastía ayyūbī, gran campeón contra los Cruzados, a los cuales arrebató Jerusalén, tras la gloriada batalla de Ḥaṭṭīn, en 1187. Y es el caso, entre otros, del todopoderoso Almanzor de Córdoba, que con tal heroica conducta buscaba también legitimar su poder.

Una crónica anónima compendiada en el Magreb, en la Baja Edad Media⁽²³⁾, enumera y resalta sus 56 campañas, en todas las cuales -señala- quedó “vencedor, triunfador y victorioso (*manšūr*)”, haciendo honor a su nombre: *al-Manšūr*. El emir ‘Abd Allāh, en sus citadas *Memorias*⁽²⁴⁾ destaca como Almanzor “atacó muchas veces al enemigo cristiano en su propio territorio, y, en sus días, el Islam alcanzó el apogeo de su gloria en al-Andalus, mientras los cristianos llegaban al colmo de la humillación”. Ese logro, procurar que el Islam alcanzara “el apogeo de su gloria en al-Andalus”, como dice el emir ‘Abd Allāh, significa el colmo de la aureola justificativa, y el modelo esplendoroso a recordar cuando llegue la decadencia.

Dice el grande y pro-‘amirí cronista cordobés del siglo XI Ibn Ḥayyān: “Durante toda su vida al-Manšūr b. Abī ‘Āmir no dejó nunca de atacar a los cristianos, asolar

²⁰ Cito por la traducción de Felipe Maíllo: *Ibn al-Kardabūs. Historia de al-Andalus*, Barcelona, 1986, pp. 83-85.

²¹ C. de la Puente: art. cit., pp. 398-399.

²² C. de la Puente: pp. 390 y ss.

²³ *Una descripción anónima de al-Andalus*, ed. y trad. por Luis Molina, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1983; traducción citada, tomo II, pp. 196-205.

²⁴ Trad. cit., pp. 77-78.

su país y saquear sus bienes... hasta el punto de que llegaron a temerle como a la muerte y se tuvieron que contentar con las cosas más viles para su religión. Combatiendo contra ellos llevó a cabo hazañas memorables y batallas gloriosas”, resaltándose además, en las fuentes, como él mismo (igual que algunos otros héroes) componía versos de autoelogio, y entre ellos algunos muy expresivos de su conciencia heroica:

Me lancé al espanto de todos los peligros
y me arriesgué, pues el noble y libre ha de ser osado.
No tengo más compañeros que un corazón valeroso, una afilada lanza y una
cortante espada.
Yo guío a los ejércitos a la guerra,
aunque salgan a su encuentro leones acechantes.
Yo mismo enseñoreé a los más egregios señores
y porfié hasta no encontrar con quien rivalizar.

A la heroicidad acompañan ritos y símbolos, y así las crónicas árabes completan su retrato glorioso, reseñando⁽²⁵⁾: “Fue enterrado bajo el polvo que había recogido durante sus campañas, pues, cada vez que salía en expedición, sacudía todas las tardes sus ropas sobre un tapete de cuero e iba reuniendo todo el polvo que caía. Cuando murió lo cubrieron con ese polvo. Sobre su tumba -sigue diciendo el cronista- se escribió:

Sus hazañas te informarán sobre él
como si con tus propios ojos lo estuvieras viendo.
¡Por Dios!, nunca volverá a dar el Mundo nadie como él,
ni defenderá las fronteras otro que se le pueda comparar.

Generalmente, el héroe de un determinado contexto se vuelve todo lo contrario, enemigo antihéroe, en un contexto opuesto, sobre todo cuando, como es el caso, contra ese contexto opuesto se ha significado como enemigo combatiente. Muy conocidas son las descalificaciones y negros epítetos que las crónicas cristianas dedican a Almanzor; así, la conclusión de la *Crónica Silense* no puede ser más expresiva: “...Almanzor, interceptado en Medinaceli ciudad máxima por el Demonio, que lo había poseído viviendo, fue sepultado en el Infierno”⁽²⁶⁾.

La *Crónica Silense* es, respecto a la consideración de Almanzor, muy interesante, pues en ella, ya a comienzos del siglo XII, encontramos, según expresa también Ron Barkay, “la primera indicación cronística de la activa ayuda del Apóstol Santiago en

²⁵ M^a J. Viguera: “El héroe en el contexto arabo-islámico”, *Cuadernos del CEMYR. I: Los Héroes medievales*, Universidad de la Laguna, 1994, pp. 53-74.

²⁶ Cita de Ron Barkay: *Cristianos y musulmanes en la España medieval (El enemigo en el espejo)*, Madrid, Rialp, 1984, pág. 117 y nota 31.

la lucha contra el Islam”, y que esta *Crónica Silense* manifiesta una “concepción demoníaca con respecto al Islam como religión, [pero] no hay vestigios [en ella] de demonización de los musulmanes a título individual, [excepto de Almanzor]. El conjunto de los ritos musulmanes es concebido como una suma de errores (*errores daemonum*); el Islam, como religión, es tildado de *mahometica superstitiosa secta...* [Pero] el único musulmán descrito en detalle en la crónica, con el propósito de delinear su imagen, es Almanzor, el hombre que llenó de pánico al cristianismo de España más que todos sus predecesores. El cronista confiesa que no hubo actos peores que los suyos en el pasado y que no los habrá en el futuro -sembró la asolación en los reinos cristianos y mató a sus santos-, pero sostiene que el de ‘Vencedor’ (*al-Manṣūr*) le fue conferido falsamente”, por eso le hace acabar en el infierno.

Entre la demonización y la burla del héroe enemigo, cabe otra opción, también interesante, aunque tampoco inocente, que es la idealización. Recordemos la caracterización galante del “moro de Granada” por parte de una literatura nuestra que trabaja sobre contrincante reducido, engalanado para hacerlo digno de ser vencido⁽²⁷⁾. El ensalzar la fuerza del enemigo sirve para realzar la fuerza propia, cuando sobre él se triunfa, real o figuradamente, y por eso cuando la *Primera Crónica General* (en su capítulo 734) califica al por otra parte aborrecido Almanzor como “el fuerte otrossí et bueno” resalta a continuación que fue “con quien lidió el cuende Fernand Gonçalez yl venció dos veces”, con anacronismo explicado por C. Dubler; y en esa misma línea de utilización retorcida del héroe enemigo encaja la manifestación de la esposa de este conde Garci Fernández, que se declaraba en su *Leyenda* “enamorada de la terrible gloria de Almanzor”, pero se trata, claro está, de la *Leyenda de la condesa traidora*, y el aparente elogio está mediatizado por la referencia al opuesto y traidor partido cristiano⁽²⁸⁾.

Procedimientos así son universales, y, para no salirnos del entorno de Almanzor, recordemos, del otro lado de la frontera, la exaltación de la figura que los poetas cordobeses practicaron con el conde Garci Fernández, una vez que resultó vencido y muerto, resaltándose aquello como triunfo del todopoderoso chambelán cordobés así matizado⁽²⁹⁾:

²⁷ Trabajos clásicos y excelentes, entre ellos los de Soledad Carrasco Urgoiti y Francisco Márquez Villanueva, están considerados por Luce Lope-Baralt: “Los moriscos tienen la palabra: la literatura testimonial de una minoría perseguida del Renacimiento español”, *Actes du Symposium International du C.I.E.M.: “Religion, Identité et Sources Documentaires sur les Morisques Andalous”*, ed. A. Temimi, Túnez, Institut Supérieur de Documentation, 1984, II, págs. 60-69; y en la reciente ed. e introd., por F. López Estrada y M. T. López García-Verdoy de *El remedio en la desdicha* de Lope de Vega, Barcelona, PPU, 1991.

²⁸ Referencias en M^a J. Viguera: “Versos al triunfo sobre el conde Garci Fernández”, *Al-Andalus* XLII (1978), pp. 467-473.

²⁹ Por su poeta cortesano Ibn Darraǧ, traducido en el artículo citado en la nota anterior.

¡Qué victoria para vencedor, qué albricias para quien las aguarda, para vidente
qué visión!

Descarriado era más que una Cruz, más erguido entre escuadrones que estandarte.
Adalid con tropas y corceles, valedor de su grey y de sus gobernantes.

Campeador con su espada en mérito y arrojo, auxiliado por la experiencia en la
desgracia.

¿Podía ocurrir que su firmeza y valor de algo le sirvieran ante tu buena estrella?

Estos versos son casi una elegía por el héroe castellano, herido junto al Duero en 995, y poco después fallecido en Medinaceli. Casi es una elegía de verdad por un héroe, aunque enemigo, si no fuera por la respuesta anticipable a la pregunta retórica del último verso: “¿Podía ocurrir que su firmeza y valor de algo le sirvieran ante tu buena estrella?”, es, desde luego un conocido “no”. Los héroes sólo pertenecen a su contexto⁽³⁰⁾, y con todos estos elementos las plumas de verso y prosa al servicio de Almanzor, implicadas en legitimarle a través de su enaltecimiento, acuñaron una imagen legendaria de aquel chambelán cordobés.

Aquella imagen, creada interesadamente por sus vates cortesanos⁽³¹⁾ y por sus cronistas contemporáneos o que poco después redactaron sus historias, se difundió por efecto de la transmisión cronística, sobre todo de la transmisión fragmentada de la gran crónica, titulada *al-Matīn*, de Ibn Ḥayyān, repitiéndose el cliché de la fama de Almanzor en las citas ḥayyānías por autores andalusíes tan considerables como Ibn Bassām, Ibn al-Abbār, Ibn Sa‘īd, Ibn al-Jaṭīb, o de compiladores magrebíes tan fundamentales -para la repetición de los ecos de al-Andalus- como Ibn ‘Idārī y al-Maqqarī. Mientras tanto, Almanzor, precisamente por estar asociado al apogeo de la gloria andalusí, como ya manifiestan, desde finales del siglo XI, las *Memorias* del emir ‘Abd Allāh, iba así configurándose como héroe compensador de la disminución territorial andalusí, y de las derrotas.

De este modo, la exaltación biográfica de Almanzor conoció dos etapas distintas, cada una con sus acicates para repetir la leyenda almanzoreña: en su mismo tiempo o poco después, la imagen legendaria de Almanzor sirvió para justificar su acaparamiento del Poder político; en tiempos posteriores, la imagen legendaria de Almanzor se utilizó o convocó como lenitivo del vencimiento y como animación del decaimiento progresivo de todo al-Andalus frente al avance conquistador cristiano.

Por eso, precisamente, volvió a ser recordado, con intensidad, parece, en la Granada nazarí, como personaje destacadísimo en el *Florilegio* de Ibn Simāk, del siglo

³⁰ Y se agrandan contra el exterior, cfr. M^a Jesús Rubiera Mata: *Tirant contra el Islam*, Alicante, Aitana, 1993.

³¹ Véase, por ejemplo, Margarita La Chica Garrido: *Almanzor en los poemas de Ibn Darrāṣ*, Zaragoza, 1979.

XIV, donde los principales tópicos de la imagen triunfante y virtuosa de Almanzor quedan destacados ⁽³²⁾.

Pero ahí está Almanzor, de nuevo puesto en el candelero estudioso, en esta última parte del siglo XX y comienzos del XXI, próximo ya el Milenario de su muerte, configurando incluso él mismo su leyenda, desde las palabras del atribuido texto de su *Testamento* ⁽³³⁾, donde, entre otras advertencias, se muestra bien consciente, hablando a su hijo y sucesor ‘Abd al-Malik, de cómo: “te dejé allanados todos los asuntos del estado, y he metido en vereda las distintas categorías de sus altos funcionarios... Me he esforzado en dejarte enderezada la grey, cuyo mayor anhelo es sentirse a salvo del arrebato [del gobernante] y poder confiar en su mansedumbre...”. Portentoso personaje, en su ser y sobre todo en su representación, es decir en el contenido de su imagen y en la proyección eficaz de tal imagen, con los dos tiempos que hemos señalado: en su tiempo, como propia legitimación, y en siglos siguientes, como compensación de la realidad militarmente vencida de al-Andalus.

³² Ibn Simāk: *al-Zaharāt al-manfūra*, ed. y estudio M. A. Makkī, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos en Madrid*, XX (1979-80), pp. 5-76; XXI (1981-82), pp. 5-79; y publicado en libro, Madrid, 1404/1984; este aspecto de exaltación de Almanzor, precisamente en la Granada nazarí, lo subraya M. Makkī en su introducción, espec. pág. 34, explicando cómo se buscaba allí el recuerdo de los éxitos bélicos.

³³ Trad. y estudio por Fernando de la Granja: “El Testamento de Almanzor”, *Miscelánea ofrecida al Ilmo. Señor D. José María Lacarra*, Zaragoza, 1968, pp. 25-32.